

## VALLE INCLAN

Escribe: EDUARDO CARRANZA

A fines del siglo XIX surgió en las tertulias literarias de Madrid un extravagante personaje que por su verba fantástica, su atuendo y sus altas sentencias parecía regresar del país de los seres funambulescos o del refugio de los nigromantes. Le rodeaba ya una flamante leyenda. En torno a su nombre, rotundo y antañón, volaban consejas heroicas y anécdotas de estirpe caballeresca. Era entonces muy joven y parecía ya un ser milenario con sus barbas rafagueantes, las gafas quevedescas, la capa en ventolera y el chambergo bajo el cual habitaban el número pitagórico y la música sideral. Venía de su Galicia nebulosa. Había hecho un viaje juvenil por México —la aventura inaugural de todo español verdadero— y de ese viaje regresaba, si no con un imperio o tesoro, sí con un equipaje de visiones portentosas y de sonoros relatos. Pero cedámosle la palabra.

He aquí la autobiografía que a principio del siglo escribiera en "Alma Española", don Ramón María del Valle Inclán y Montenegro; curioso documento muy decadente y valleinclanescos: "Apenas cumplí la edad que se llama juventud, como final a unos amores desgraciados, me embarqué para México en La Dalila, una fragata que al siguiente viaje naufragó en las costas de Yucatán. Por aquel entonces era yo algo poeta, con ninguna experiencia y harta novelería en la cabeza. Creía de buena fe en muchas cosas que ahora pongo en duda, y, libre de escepticismos, dábame buena prisa a gozar de la existencia. Aunque no lo confesase, y acaso sin saberlo, era feliz: soñaba realizar altas empresas, como un aventurero de otros tiempos, y despreciaba las glorias literarias..

“A bordo de La Dalila —lo recuerdo con orgullo— asesiné a sir Roberto Yones. Fue una venganza digna de Benvenuto Cellini. Os diré cómo fue, aun cuando sois incapaces de comprender su belleza; pero mejor será que no os lo diga; seríais capaces de horrorizaros. Básteos saber que a bordo de La Dalila solamente el capellán sospechó de mí. Yo lo adiviné a tiempo, y confesándome con él pocas horas después de cometido el crimen, le impuse silencio antes de que sus sospechas se trocasen en certeza, y obtuve, además, la absolución de mi crimen y la tranquilidad de mi conciencia.

“Aquel mismo día la fragata dio fondo en aguas de Veracruz y desembarqué en aquella playa abrasada, donde desembarcaron antes que pueblo alguno de la vieja Europa los aventureros españoles. La ciudad que fundaron y a la que dieron abolengo de valentía, espejábese en el mar quieto y de plomo, como si mirase fascinada la ruta que trajeron los hombres blancos. Confieso que en tal momento sentí levantarse en mi alma de hidalgo y de cristiano el rumor augusto de la historia. Uno de mis antepasados, Gonzalo de Sandoval, había fundado en aquellas tierras el reino de la Nueva Galicia. Yo, siguiendo los impulsos de una vida errante, iba a perderme como él en la vastedad del viejo Imperio Azteca, imperio de historia desconocida, sepultada para siempre con las momias de sus reyes, entre restos ciclópeos que hablan de civilizaciones, de cultos, de razas que fueron y sólo tienen par en ese misterioso cuanto remoto oriente”.

Adolescente, cursó estudios de estilo eclesiástico en Santiago de Compostela y ellos le dejaron sobre el alma un rumoreo de latines y la hermosa pesadumbre de la catedral compostelana. Don Ramón María del Valle Inclán y Montenegro entró con paso de rey natural, en la literatura finisecular de España. Bien pronto perdió un brazo en trivial riña literaria que luego su fantasía levantó a épico suceso. Y con esto quedó completa para siempre su estampa de nuevo manco genial. Estampa ya tan clásica y característica en la galería de los ingenios españoles como la jocunda del Arcipreste, alegre cortejador de dueñas, como la de Garcilaso a caballo, con un azor o un soneto en la diestra, como la de Quevedo, junto a los muros de su patria, un tiempo fuertes, ya desmoronados, y la de Bécquer con su palidez y su guitarra. Rubén Darío le cantó en un soneto iconográfico que anda en la memoria de todos y que le dibuja con un goyesco realismo poético.

*Este gran don Ramón, de las barbas de chivo  
cuya sonrisa es la flor de su figura,  
parece un viejo dios, altanero y esquivo,  
que se animase en la frialdad de su escultura.*

*El cobre de sus ojos por instantes fulgura  
y da una llama roja tras un ramo de olivo.  
Tengo la sensación de que siento y que vivo  
a su lado una vida más intensa y más dura.*

*Este gran don Ramón del Valle-Inclán me inquieta,  
y a través del zodiaco de mis versos actuales  
se me esfuma en radiosas visiones de poeta*

*o se me rompe en un fracaso de cristales.  
Yo le he visto arrancarse del pecho la saeta  
que le lanzan los siete pecados capitales.*

Valle Inclán sentía gravitar sobre su ánimo el prestigio de la denominación altisonante, la presión de heroicos atavismos y la fuerza del ancestro céltico propenso al ensueño delirante y al habla fabulosa. Se sentía, además, hombre de otro tiempo y añoraba un abolido mundo feudal. Perdido en la melancólica realidad de la vida moderna se refugió —musical, enigmático, orgulloso— en su obra y en su leyenda, a las que pulía y repulía con idéntico empeño. Si Cervantes escribió su inmenso libro para huir de la melancolía del mundo filipino y para llorar sus fracasos como héroe y como amante, puede decirse que Valle escribió para aislarse también del mundo burgués y para suspirar por lo que no pudo ser: un hidalgo con su rocín y su pazo o un gentilhomme desdeñoso con su castillo y sus lebreles. Valle Inclán fue, a su manera, un Quijote moderno sediento de justicia, de belleza, de inmortalidad.

Al fondo de la obra valleinclanesca está, en línea de paisaje trémula y nebulosa, Galicia milenaria, una de las regiones europeas más empapadas de historia y de cultura. Una Galicia medioeval con sus rías nostálgicas, con su humedad lírica, con sus anchas casas solariegas en donde por la noche criados y señores escuchan cuentos de bandidos y aparecidos, sus caminos rumorosos de mendigos y peregrinos con los ojos atentos al milagro, sus broncos hidalgos y sus ermitaños. Valle significa el lírico temblor gallego en las letras españolas del 98; como Unamuno encarna el dramatismo castellano, Eugenio D'Ors la plás-

tica y el ingenio catalanes y Juan Ramón Jiménez la melancolía y la finura meridionales.

En la obra de Valle Inclán —temas, estilo, personas, atmósfera— late con mayor autenticidad y belleza que en la de ningún otro escritor de este tiempo, la compleja, desgarrada, cabaleresca y quimérica alma española.

Su estilo continúa y lleva a un punto de moderna superación una línea barroca de realismo e ilusionismo que arranca de los Arciprestes de Hita y Talavera, que pasa por el mundo juvenil y llameante de la Celestina, se prolonga en Quevedo y en Larra hasta alcanzar la goyesca y trágica hermosura de las Comedias bárbaras, Los Esperpentos y Tirano Banderas.

No puede circunscribirse la obra de Valle Inclán al cuadro histórico del modernismo. Desde luego su teatro y sus novelas iniciales lo mismo que su poesía y sus cuentos primigenios están pautados por la estética de la gran renovación que conmovió hasta las raíces todas las literaturas europeas en torno al año de 1900. Más tarde Valle Inclán supera y desborda las posibilidades del modernismo para entrar en el terreno genial de sus mejores y más auténticas creaciones.

Ahora quiero ofrecer a los lectores, como un final de verdad y de música, la siguiente hermosa estampa de Valle Inclán debida al siempre lúcido Eugenio Montes:

“La obra valleinclanesca obedece toda ella a conciencia y voluntad de arte, expresada por el instrumento prosáico. Hoy la prosa castellana está toda ella empapada de voluntad de estilo, de exigencias rítmicas, de cadencia y de logro estético. El estilo personal de Valle Inclán era tan suyo, que quizás no ha podido tener discípulos. Pero de esa voluntad artística en la prosa le somos deudores todos. Hasta él, en las letras de nuestro siglo XIX no había sino dos modos: el elocuente y el casero. El elocuente era sonoridad genérica y vacua. El casero era concreción sin melodía. Entre la oratoria y la camilla, Valle Inclán, retorciéndole a aquélla el cuello y dándole un puntapié a ésta, enseña a escribir con arte. No sólo el clima de su obra es el de Galicia, sino que su melodía misma es la del idioma gallego. Suena en él, tras las palabras castellanas, un dulce y constante contrapunto galaico. Luego, imperialmente, su castellano se enriquece con toda la novedad lingüística americana. Si Cervantes es el rey de nuestras letras, Valle Inclán es el último gran

virrey en las Indias del verbo español. Ancho como ninguno en el horizonte geográfico, lo es también en el horizonte histórico, hasta el punto de que ese horizonte trasciende la historicidad misma, y si no alcanza la eternidad, se sitúa, al menos en un como éxtasis de lo intemporal. Los personajes de Valle Inclán no son de este siglo, ni del otro, ni de ningún siglo concreto. Se encuentran en una vaga intemperabilidad de poesía y ensueño. Esos personajes son personas en el sentido dramático y quizá filosófico de la palabra; no individuos. Las personas para él representan estamentos, planos de realidad con diferentes niveles, modos de comunidad. Un cura es para él la Iglesia; un mayorazgo, la aristocracia; un campesino, el campo. No hay obra alguna de nuestra época, más lejana, incluso más deliberadamente opuesta, a la novela psicológica. Propiamente no son novelas las suyas, porque la novela vive del análisis, y él lo ve todo en síntesis, que es el modo dramático y teatral. Aristócrata por nacimiento y por vocación, sus primeras obras tienen una añoranza antigua, de nobleza perdida. Luego, esa añoranza aristocrática se convierte en burla e injuria contra lo desarraigado, contra la nobleza sin obligación y sin gusto, contra la pseudoaristocracia ciudadana, es decir, contra la nobleza que se traiciona convirtiéndose en señoritismo. Así no hay rectificación en el Valle Inclán de la vejez con respecto al de la mocedad, sino la secuencia natural y el desenvolvimiento inmanente a una actitud aristocrática en una época sin nobleza. Y predestinada a quedarse incluso sin pueblo en el sentido costumbrista y diferencial. Por eso hay en don Ramón una atmósfera de romanticismo. Su obra es el hermoso canto de cisne a dos voces: la elegía de la aristocracia difunta y del difunto folklore. Un clima céltico llovizna y enluta toda su poesía, cuyo magno y remoto precedente encuentro en Shakespeare. Algunas escenas shakesperianas de señores en la cocina y criados en la sala de tapices son casi valleinclanescas”.

Hace veinticinco años murió Valle Inclán en su ley de arrogancia y de pobreza. Sigue viviendo en su portentosa palabra escrita. En el ensueño intemporal de su obra.